

# BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.  
(Art. 15 de los Estatutos.)

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institucion*, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50.—Secretaría, Paseo del Obelisco, 8. Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institucion* gira á los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XI.

MADRID 15 DE OCTUBRE DE 1887.

NÚM. 256.

## SUMARIO.

### EDUCACION Y ENSEÑANZA.

Otro testimonio en favor de la reforma universitaria, por D. José R. Carracido.—La higiene escolar en la Academia de Medicina de París, por D. A. Sela.

### ENCICLOPEDIA.

El agnosticismo contemporáneo, por M. G. Tiberghien.—Geología comparada de la Luna y la Tierra, por M. Faye.—Terminología del Folk-Lore, por D. A. Machado y Alvarez.

### INSTITUCION.

Junta facultativa.—Noticia.—Cuenta del fondo á disposición de la Junta facultativa.

## EDUCACION Y ENSEÑANZA.

### OTRO TESTIMONIO

EN FAVOR DE LA REFORMA UNIVERSITARIA.

DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO DE 1887-8  
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL,

por D. José R. Carracido.

Poco á poco, sin duda, pero con firmeza, se van abriendo paso las ideas modernas en la enseñanza de nuestras Universidades. A los testimonios que en este BOLETIN venimos registrando con el interés que merecen, debemos añadir hoy la autorizada opinión del señor Carracido, uno de los más inteligentes é ilustrados profesores de la Facultad de Farmacia de Madrid: Facultad que por muchos conceptos parece entrar, bajo el enérgico influjo de su actual jefe el Dr. Garagarza, en el camino de una enseñanza sólida y realista, de que tan necesitados estamos. Si las palabras del señor Carracido, que tan francamente viene á añadir sus fuerzas á esta campaña, hallaran aprobación en el seno de nuestros secos organismos docentes, y si, sobre todo, se tradujeran en hechos, sería lícito abrigar fundadas esperanzas en el renacimiento de su vida científica; esperanzas hoy todavía harto prematuras.

Hé aquí, ahora, algunos de los pasajes más importantes del discurso del Sr. Carracido:

... Atendiendo en primer término los legisladores de 1845 á destruir por cuantos medios estuvieran á su alcance el triste legado de las tendencias reaccionarias, no se dieron reposo en su tarea de llevar á las Universidades sabios, pero, sobre todo, elocuentes maestros, que con sus brillantes lecciones encendiesen en el corazón de la juventud desinteresado amor á los estudios filosóficos y políticos, según los principios de libre investigación racional. Engolfados en la realización de este propósito, reglamentaron la enseñanza tomando como norma las ciencias especulativas, sin pararse á considerar que no es idéntico el método de investigación en las distintas ramas del saber. Salta á primera vista que la Física, la Química y la Fisiología no puedan enseñarse con provecho en la misma forma que la Literatura, la Historia y el Derecho, y sin embargo, todas se colocaron en este lecho de Procusto, en donde yacen las ciencias naturales como en una verdadera clínica, anquilosadas y raquíticas, por haber violentado el modo de desarrollo que les es peculiar.

Prescindiendo de la propia y personal experimentación, los profesores de aquellas ciencias, que sin este medio se reducen á indigesta palabrería, se vieron obligados á secundar el método de las enseñanzas especulativas, pronunciando también su discurso cotidiano, exornándolo á lo sumo con algunos experimentos practicados desde su mesa ante los atónitos alumnos, sin permitir á estos poner mano en nada, porque los aparatos no se estimaban como herramientas de trabajo, sino como preciosos ejemplares para conservar en los armarios siempre nuevos y relucientes. No se pudo inventar filtro más seguro para que se tornaran estériles ciencias, que, dotadas de su verdadero método, son la fecundidad misma en la incesante serie de sus descubrimientos.

Habiendo entrado por este camino, lo importante, por no decir lo único, era la lección oral preparada escrupulosamente por el catedrático allá en el retiro de su gabinete, en-

tresacada de un programa lo más regular y simétrico posible, en el cual se compendia todo el saber clásico referente á su asignatura. Este vicioso hábito no pudo menos de inficionar por igual á los profesores y discípulos, acostumbrándolos á considerar las ciencias constituidas sobre los datos de observacion siempre rectificables y sobre sus parciales síntesis, susceptibles cada vez de mayor amplitud, como obra acabada y perfecta, totalmente agotada para las generaciones venideras. Segun dice Spencer, se olvida en este género de enseñanza, que «la humanidad sólo ha progresado instruyéndose por sí misma, y que los brillantes resultados de los hombres que se formaron por sí mismos, prueban continuamente que en la formacion de cada espíritu debe procederse repitiendo idéntico proceso.» Todo sistema escolástico de transmitir conocimientos nacidos de la observacion y alimentados con la experiencia, conducirá forzosamente á desacreditarlos por impotentes, pereciendo, como Anteo, ahogado entre los brazos de Hércules al separarse de la tierra que lo sustentaba.

Con tal educacion se hablará de los fenómenos y leyes naturales lo mismo que los antiguos aristotélicos de sus entelequias, es decir, como nociones elaboradas en el aislamiento de las lucubraciones mentales, pero sin relacion alguna con el mundo sensible; y la ciencia, como todo lo real, no basta saberla, además es menester vivirla. ¿De qué sirve tener en el entendimiento determinado orden de ideas, si en la práctica de la vida resulta inaplicable y aún en muchos casos se procede contradiciéndolo? De la misma manera que no se puede afirmar de un país que sea democrático porque oficialmente esté dotado de instituciones democráticas, si previamente no se formaron los sentimientos y costumbres que hayan de hacerlas verdaderas, así la ciencia es menester que se encarne en los espíritus mediante adaptacion sostenida y adecuada para que resulte fructífera; pues de lo contrario, permanecerá siempre como planta exótica allí donde quiera implantarse. Inútil empeño violentar el natural modo de ser de las cosas, porque se sufre el inmediato castigo, frustrándose los más titánicos esfuerzos; como Sísifo agotará sus fuerzas en subir el peñasco á la altura para verlo rodar nuevamente, sufriendo las amarguras que sólo terminan en el desaliento de letal escepticismo.

Datos de sobra tenemos en nuestra actual situacion científica para convencernos de que á la Naturaleza sólo se la conoce en realidad de verdad interrogándola directamente é interesando nuestros sentidos y potencias en el trágo de sus operaciones. Limitados hasta hoy á conocerla de referencia en libros en los cuales se componen y alían los resultados experimentales, presentándolos sin el andamiaje de su investigacion y orgánicamente dispues-

tos, son inevitables las molestias de una primera repugnancia ante la complejidad informe y confusa en que se presenta el fenómeno teniendo por más sencillo; pero ésta se vence insistiendo hasta familiarizarnos con la Naturaleza, y entonces la observacion é interpretacion de estos supuestos laberintos irán aprendiendo por sí mismas á discernir el hecho principal de cuanto lo envuelve y oscurece, como el poeta dramático elige entre el cúmulo de hechos de la vida diaria los más sobresalientes para lograr los efectos del cuadro que se propone reproducir; y prosiguiendo esta comparacion, puede afirmarse que, no obstante existir en los dramas escritos todos los elementos necesarios para la representacion escénica, sólo será buen dramaturgo quien acuda á la realidad de la vida, asimilando de ella con criterio personal cuanto le impresione; así el científico debe anteponer á la elaboracion de sus ideas el nutrirse con propias observaciones, empapándose en la aparente irregularidad de los procesos naturales.

Es indispensable que á nuestros alumnos, en vez de someterlos á un discurso diario, se los lleve á los museos y laboratorios á trabajar por sí mismos, preparando sus sentidos para investigaciones originales, y esto con gran asiduidad, porque toda formacion, ya sea fisiológica ó psicológica, necesita mucho tiempo y constancia, y como nadie resulta atleta con unas cuantas visitas á un gimnasio, tampoco se forma el espíritu de investigacion oyendo declamar conferencias de ciencia natural ni visitando á veces un laboratorio. El aprendizaje para tales estudios es una verdadera formacion psico-física, y ésta no puede improvisarse tomándola como de ocasion, hay que consagrarse á ella como el aprendiz de un arte que pasa su dia en el taller.

Hojeando *les Comptes rendus* de la Academia de Ciencias de París, solo encontrareis notas de muy contadas páginas, pero muchas de ellas suponen meses y aún años de trabajos experimentales; y esta publicacion que refleja el movimiento científico al dia, podemos considerarla como el símbolo de lo que debe ser la enseñanza para formar investigadores. En lugar preminente laboratorios y museos, teatro de los continuos trabajos experimentales de los alumnos, acompañados de la crítica razonada de todo lo observado, sin excluir los resultados de un mal proceder, porque la Naturaleza es tan fecunda en enseñanzas, que, al mortificarnos con un éxito negativo, nos muestra su docilidad, no discrepando ni en un ápice de los medios que lo determinaron. En lugar secundario la leccion oral, cuya importancia dista mucho de la que hoy se le concede, y sólo puede llenarse un curso de leccion diaria, desarrollando con verdadero lujo todo el detalle de lo ya investigado, lo cual convierte al catedrático en minucioso repeticor de cuanto

aprendió en los libros. Cuando éstos eran caros y escasos, y la prueba de autoridad inapreciable para dirimir las dudas, era lógico que los catedráticos *leyeran*, honrándose con el título de *lectores*; pero hoy que la razón y la experiencia interpretadas por la razón individual constituyen el único criterio que debe prevalecer, aun resultando en discordancia con lo afirmado por Aristóteles, Plinio ó Avicena, el profesor debe exponer las cuestiones de razonamiento limitándose, respecto al detalle, á lo que por su originalidad ó trascendencia sea utilizable como prueba de sus razonamientos. La parte de erudición en las ciencias experimentales de nada sirve expuesta de viva voz, sólo aprovecha cuando se asimila mediante propia observación.

Nuestros profesores, explicando en brillantes conferencias sus programas perfectamente razonados, ven con tristeza sucederse los cursos sin formar químicos, ni físicos, ni fisiólogos, y en cambio, profesores del extranjero, con programas incompletos unas veces y redactados otras sin escrúpulos lógicos ni afán de sistema, educan alumnos que por propia cuenta se lanzan á investigaciones originales. ¿En qué radica tal diferencia? En que estos profesores, teniendo medios experimentales que poner á disposición de sus alumnos, cuidan principalmente de sus trabajos prácticos, dando á las explicaciones un interés accidental. No se deduzca de esto que las ciencias naturales sean tan despegadas de todo plan y tan anti-literarias que el orden para la exposición de su contenido sea indiferente. Lo que sucede es, que el solo hecho de poner al alumno en condiciones de buscar por sí mismo los datos científicos, excede en tanto á dárselos ya determinados, que resulta investigador á pesar de las lecciones desordenadas é insistemáticas.

Estimo urgente y decoroso que se instituyan las enseñanzas verdaderamente experimentales, y si no casi pueden suprimirse las asignaturas que á ellas se refieren, porque continuando como hasta ahora en la expectativa de mejores tiempos, forzosamente han de malearse cuantos sientan vocación por estas ciencias, resignándose á vivir tan á la zaga del movimiento científico, permaneciendo en su papel de almacenistas, sin jamás ascender á fabricantes.

Se podrán señalar como causas que hagan imposible la realización de estos planes, la afluencia de alumnos que á centenares concurren á algunas cátedras y, además, la falta de tiempo de los matriculados á la vez en cuatro ó más asignaturas, todas de carácter experimental, y en efecto, en estas condiciones no se puede exigir trabajos prácticos; pero es necesario deslindar la enseñanza de las distintas Facultades encargadas de instruir á los que se han de dedicar al ejercicio de una profesión, de aquellos altos y superiores estudios cultivados por el puro amor de la investigación cien-

tífica. En el primer caso exponer los conocimientos positivos, el saber constituido indispensable para satisfacer las necesidades á que ha de acudir en su práctica profesional, y en el segundo desarrollar estudios científicos discrecionalmente elegidos por el profesor, relativos al saber constituyente, único medio de interesar á los amantes de la investigación científica, dándoles recursos para que manifestaran los rasgos originales de su personalidad, contribuyendo directamente al adelanto de las ciencias.

Consecuencia de haber englobado lo que debía permanecer distinto es aumentar el cuadro de las enseñanzas de las Facultades á medida que se va sintiendo la necesidad de elevar el nivel de los estudios científicos, con cuya complicación se perjudica á los alumnos reteniéndolos mayor tiempo en las Universidades, dándoles enseñanzas que para la mayoría han de ser letra muerta al tomar su título profesional, y estos superiores estudios también sufren detrimento, no reservándolos para ser expuestos con el necesario desahogo á los sinceramente interesados en las altas investigaciones científicas.

Reduciendo á lo necesario la instrucción profesional, las exigencias relativas á los estudios superiores debían ser muy grandes, haciendo del título de Doctor, no el cumplimiento de una fórmula más, sino garantía de verdadera superioridad científica. Las memorias que para este acto se presentan, se limitan, por lo general, al desarrollo de una tesis confeccionada con varios libros á la vista, sin tener como cosa propia más que el estilo; y tratándose de ciencias experimentales entiendo yo, señores, que no debían admitirse memorias en las cuales no se expusieran investigaciones originales. Y no se objete que para lanzarse á explorador científico se necesitan dotes tan eximias que muy pocos llegarían á tocar tales alturas: la observación, no solo de lo nuevo, sino aún de aquello cuyo estudio parece agotado, presenta siempre un aspecto propio, personalísimo, á quien lo contempla. Es la realidad, aún en sus menores detalles, prisma de infinito número de caras, guardando siempre nuevas facetas para reflejar la luz de la verdad ante sus observadores, y por la integración de estas sucesivas variantes es como se va completando el cuadro del conocimiento, sin que nada resulte despreciable, aún siendo la repetición de lo más trillado.

En tal concepto, no puedo conformarme con E. Renan cuando dice: «Coged los *Anales de Física y Química* y encontrareis en ellos memorias que denotan más ó menos habilidad, pero nada encontrareis que os dé indicio alguno sobre el carácter moral del autor. No sucede lo mismo en *Filosofía*. La *Filosofía* es el hombre mismo; cada individuo nace con su filosofía, como nace con su estilo. La origina-

lidad personal es en Filosofía la cualidad más preciosa, mientras que en ciencias positivas la verdad de los resultados es lo único que merece consideración.»

No son, no, tan exclusivamente objetivos los resultados experimentales; cada dato de la observación se modifica y refracta con distinto índice al atravesar las individuales inteligencias, como el alimento corporal se adapta al organismo que lo asimila, y sólo mediante estas diferencias de percepción, puede explicarse el progreso científico adoptando criterios sucesivamente variables. Las mismas reacciones contempladas por Berzelius hoy las contempla Berthelot, y no obstante, ¡cuán distinta es la representación de hechos idénticos en dos espíritus distintos! Si así no fuese, caminaríamos á la petrificación del conocimiento. No teman los jóvenes afanosos de experimentar, ni los obligados á esta tarea, que se agote, ni siquiera restrinja el campo de sus exploraciones; su infinitud nunca merma, subsistiendo tan inmenso como el primer día que dirigió el hombre su mirada observadora á la Naturaleza. La monografía más detallada jamás reproduce completamente el hecho á que se refiere, y aún lo más nimio y vulgar encierra mundos inexplorados, esperando que el espíritu investigador los saque á la luz del conocimiento.

La educación inspirada en la realidad, modesta en sus apariencias, sin teatro en que ostentarse, ni bengalas que la abrillanten, ni halagadores aplausos de la pasión enardecida, es la que os recomiendo, en la seguridad de que, sacrificándonos á prescindir de los ruidosos éxitos del momento y pensando siempre en lo porvenir, recogeremos ciento por uno. Esta recomendación alcanza muy principalmente á vosotros, jóvenes estudiantes, porque os tocará recoger mejor parte del fruto, teniendo aún por delante todo el rico tesoro de la vida, y por lo mismo, el espíritu libre de preocupaciones y generosamente arrojado en medio de las corrientes de la opinión, sin el lastre escéptico de los desengaños, ni el freno de los intereses egoístas.

### LA HIGIENE ESCOLAR

EN LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS,

por D. A. Sela.

Es por todo extremo interesante la discusión que en la Academia de Medicina de París ha suscitado el dictámen de la comisión de que fué ponente M. G. Lagneau (1), sobre los

inconvenientes del exceso de trabajo intelectual y de la vida sedentaria en los establecimientos de enseñanza.

Podría decirse que el debate se ha extendido á toda Francia. La Academia de Ciencias Morales, las sociedades pedagógicas, las asociaciones médicas, el reciente Congreso de maestros de París, la prensa científica y la prensa política han estudiado ó estudian actualmente con especial interés estas cuestiones. El *surmenage* ha venido á ser entre nuestros vecinos la palabra de moda, aunque, en opinión de muchos, impropia para designar la fatiga producida por el intelectualismo y otras infracciones de la higiene á que por extensión suele aplicarse.

Las opiniones acerca de la existencia, la gravedad y el alcance de estos males son muy encontradas, y tan viva la contienda entre sus respectivos mantenedores, que mientras unos hallan en la escuela el origen de casi todas las enfermedades de la juventud, la declaran otros completamente inofensiva. Y se da el caso de que médicos de acreditada experiencia, que, como MM. Lagneau, Peter y Brouardel, presentan una lista interminable de males producidos por el intelectualismo y los hábitos sedentarios, hallan sus contradictores en profesores de no menor autoridad, que hacen tabla rasa de estas acusaciones, y sospechan que las protestas contra el intelectualismo nacen del deseo de favorecer un *dolce far niente* tan perjudicial para la salud como para la moralidad del estudiante, recordando aquella frase de Compayré, para quien el resultado final de esta campaña sería, si prosperara, «condenar al espíritu á la ignorancia obligatoria.»

Esta misma diversidad de pareceres acrecienta el interés de la cuestión, y obliga á fijarse con mayor detenimiento en los argumentos con que la han ilustrado los académicos franceses de medicina; con tanto mayor motivo cuanto que, aunque la base del debate era el intelectualismo, ha llegado á abarcar la higiene escolar entera y promovido importantes mociones á los poderes públicos acerca de ella.

Reconocida por cuantos terciaron en el debate la existencia de enfermedades llamadas escolares (1), diversifican las opiniones al determinar su origen, atribuyéndolas en muchos casos las que más se apartan del dictámen á puras contingencias ó á defectos orgánicos cuyos efectos se producen en la escuela como hubieran podido producirse en pleno campo. Pero, en general, todos estiman nacidas aquellas dolencias de alguna de las siguientes causas ó de la acción combinada de todas ellas:

(1) Se ha publicado en el núm. 251 del BOLETIN.

(1) V. su enumeración en el citado dictámen de monsieur Lagneau.

Exceso de trabajo intelectual.

Vida sedentaria en la escuela.

Aglomeración de los estudiantes en malos locales, y consiguiente insuficiencia de aire y de luz; y

La vida en las grandes ciudades.

En apoyo de la existencia del exceso de trabajo intelectual, presentan los doctores Dujardin-Beaumetz, Le Fort, Rochard y Hardy, los programas de varias escuelas y liceos, los de ingreso en ciertas escuelas especiales, y el cuadro de distribución del tiempo comunmente adoptado en los internados franceses. Hay en esos programas exceso de materia y de detalles,—dicen M. Dujardin-Beaumetz y Le Fort.—Es preciso acabar con esa instrucción de catálogo que todo lo desflora y no profundiza nada,—exclama M. Rochard.—En nuestros liceos y en nuestras escuelas superiores—añade M. Peter—la higiene del cerebro es tan desconocida como la higiene muscular. Y por lo que toca á las jóvenes, nuestro sistema de enseñanza y el afán por los títulos producen mujeres sabias, pero tambien producen muchas veces en ellas toda clase de enfermedades, incluso la fiebre tifoidea. Y corrobora M. Lagneau: En Francia, mientras de 1.000 jóvenes, en general, son útiles para el servicio de las armas 540 y se eximen 460, 1.000 bachilleres dan 525 soldados y 575 exenciones; y en Prusia y Suiza la diferencia es aún mayor.

Acerca de los hábitos sedentarios de la escuela (*siéntarité*) hay mayor uniformidad de pareceres entre los miembros de la Academia de Medicina de París. Aun los que más restricciones ponen al reconocimiento del intelectualismo confiesan los perjudiciales resultados de esta clase de vida, tan íntimamente relacionados con los del intelectualismo que es imposible distinguirlos. M. Hardy compara el trabajo de los colegiales con el de los empleados de la Administración; estos salen beneficiados en más de tres horas. La larga permanencia en las clases y la inmovilidad durante ellas, son exigidas por lo que M. Colin llama *cultivo intensivo* del alumno, cultivo que, si puede dar buenos resultados en ciertas tierras, es desastroso tratándose de los educandos. En los pueblos donde no hay más que un maestro—dice M. Léon Le Fort,—la escuela recibe simultáneamente á los niños de todas edades sometidos á la obligación de la ley escolar. Las diferencias en el grado de cultura obligan al maestro á hacer clases separadas, y sin embargo, todos los niños permanecen todo el día en la escuela, en locales casi siempre exigüos, aburriéndose y molestando á sus compañeros y al maestro.

El exceso de trabajo intelectual y la vida sedentaria—en opinión del Dr. Peter,—producen la *fatiga* del cerebro. La célula cerebral destinada al pensamiento se agota y se atrofia por el ejercicio excesivo. La laxitud

cerebral, como la laxitud muscular, se expresa por el dolor y la impotencia; este dolor es la cefalalgia; la impotencia es la ineptitud intelectual. La cefalalgia es, pues, el fenómeno primordial, necesario, obligado que se observa al principio de todos los casos de intelectualismo; es el grito de dolor del órgano fatigado, y aparece, ya sola, ya como el primer término de dos series morbosas que conducen, una, á la *fiebre de fatiga*, otra, á la *fiebre tifoidea*. Podrían, pues, enumerarse las siguientes enfermedades producidas por la fatiga intelectual y la vida sedentaria: *cefalalgia*, *cefalalgia comitata* ó fiebre del *surmenage* (observada principalmente en la época de los exámenes) *fiebre tifoidea*, *tuberculosis*, etc. En vista de estos datos observa el Dr. Peter que en la redacción de los programas escolares no se ha atendido bastante á las aptitudes intelectuales medias, de lo cual ha resultado la fatiga cerebral con todas sus consecuencias morbosas, y en la higiene escolar no se han tenido en cuenta las necesidades materiales más imperiosas del organismo. La juventud escolar, exclama, necesita, como la juventud obrera, una ley Roussel. La Academia de Medicina no debe consentir que las generaciones nuevas se agosten en flor.

El Dr. Hardy hace especial mención de las defectuosas condiciones de los edificios destinados á la educación, entre las causas del decaimiento físico de los escolares. Las casas universitarias —dice—se hallan frecuentemente colocadas en barrios populosos y mal ventilados, constituyendo verdaderos establecimientos insalubres. Los patios carecen de aire; los dormitorios contienen demasiadas camas; las clases y las salas de estudio son demasiado pequeñas relativamente al número de alumnos, y están iluminadas con gas, circunstancia perjudicialísima para la vista y para la respiración. A lo cual añade el Dr. Lancereaux, que la insuficiencia del principio respirable, el aire estancado, la carencia de oxígeno, es una condición perniciosa por excelencia, porque engendra fatalmente en las personas jóvenes una insuficiencia de medios reparadores, y pone al organismo, al cabo de cierto tiempo, en un estado de receptividad morbosa. La tuberculosis, localizada casi invariablemente en uno de los lados del thorax, las más veces en el izquierdo, y en el borde anterior del pulmón, revistiendo una forma pneumónica, acompañada frecuentemente de fiebre y presentando casi siempre un desarrollo agudo, suele tener este origen.

Débase, por último, al ilustre Dr. Brouardel una insistencia muy justificada sobre la residencia en las grandes ciudades como causa de la miseria física é intelectual que se observa en muchos alumnos de segunda enseñanza. Ya Paul Lorain hablaba en el hospital á sus discípulos de lo que él llamaba *infantilismo* ó *feminismo*; pero la propia experiencia, continua



da durante diez años en uno de los grandes internados de la capital, ha dado á M. Brouardel el convencimiento de los graves inconvenientes que para los escolares tiene la vida en las grandes aglomeraciones urbanas. Según él, los dos caracteres predominantes de la degeneración del niño de las ciudades son: la decadencia intelectual y la atrofia de los órganos genitales. En el medio escolar el crecimiento se verifica con una irregularidad pasmosa, como á saltos. En la primera edad la inteligencia del niño es verdaderamente precoz; pero al llegar á la pubertad sufre, física é intelectualmente, profundas modificaciones, y con las irregularidades del crecimiento y su detención, y las singulares perturbaciones que lo acompañan, coinciden la pereza intelectual, la superficialidad y la incapacidad de trabajos personales que requieran firmeza y detenimiento. A los diecisiete ó dieciocho años el parisiense hace buen efecto en un salón, pero es torpe y superficial en las clases. Más tarde rara vez poseen estos jóvenes una perseverancia suficiente que les permita realizar un trabajo largo y meditado. Sobresalen de ordinario en las cosas artísticas. Hablan bien; son pintores, y se pagan más del color, de la decoración, que de la composición y el dibujo; son poetas y brillan por el cincelado del verso más que por el vigor del pensamiento.

\* \* \*

Hasta aquí la enfermedad. Así como los agentes enumerados obran generalmente reunidos, y no es posible distinguir la parte que en el efecto común corresponde á cada cual, así las medidas que contra ellos hayan de tomarse precisan ser complejas y abarcar el mal en su totalidad, sin lo cual los esfuerzos en pro de la higiene escolar se malograran seguramente.

No obstante, cada uno de los académicos que terciaron en el debate han fijado principalmente su atención en ciertos remedios. M. Brouardel, consecuente con las ideas que he extractado, propone que la Academia llame la atención de los poderes públicos sobre los peligros que ofrece la permanencia de los adolescentes en las grandes ciudades y su internado en grandes establecimientos, y sobre la utilidad de trasladar éstos al campo, dedicar á los ejercicios corporales al aire libre un tiempo casi igual al del estudio y establecer colonias para aquellos alumnos cuyas familias no puedan llevarlos al campo durante las vacaciones. M. Dujardin-Beaumetz se fija en la restricción de los programas. M. Léon Le Fort aconseja para las escuelas rurales la división de los alumnos en dos secciones, de las cuales una tuviera sus lecciones en la mañana y otra en la tarde. M. Hochard pide que el tiempo destinado á clases, estudio y trabajos particulares de los alumnos no exceda de ocho horas diarias para los de más edad; que se aumenten

las horas de recreo y ejercicios corporales, y que estos últimos sean obligatorios y formen parte de los exámenes y concursos. M. Colin concede capital importancia al establecimiento de pequeños talleres anejos á las escuelas, donde los alumnos, al mismo tiempo que trabajan en su desarrollo físico, vayan haciendo el aprendizaje de las profesiones que pueden emprenderse en la infancia. M. Hardy une á los votos anteriores la reclamación de más horas de sueño en los liceos. Y M. Lancereaux eleva su voz en demanda de aire y de luz para los escolares, de leyes contra su aglomeración en locales mal sanos y de alimentación conforme á la edad y á las necesidades del organismo.

Resultado de todas estas proposiciones y del notable discurso resumen con que el doctor Lagneau puso término al debate, es la siguiente moción que la Academia de Medicina de París ha dirigido al Ministro de Instrucción pública:

«La Academia llama la atención de los poderes públicos sobre la necesidad de modificar, conforme á las leyes de la higiene y á las exigencias del desarrollo físico de los niños y de los adolescentes, el régimen actual de nuestros establecimientos escolares.

»Entiende que los colegios y liceos para alumnos internos deben instalarse en el campo.

»Sin ocuparse en los programas de estudio, cuya simplificación, sin embargo, desea, la Academia insiste particularmente sobre los siguientes puntos:

»Aumento de la duración del sueño.

»Disminución del tiempo consagrado al estudio y á las clases, ó sea á la vida sedentaria, y aumento proporcional del tiempo de recreo y ejercicio.

»Necesidad imperiosa de someter todos los alumnos á ejercicios cotidianos de desarrollo físico proporcionados á su edad (marchas, carreras, saltos, formaciones, movimientos reglamentados y prescritos, gimnasia de aparatos, esgrima de todas clases, juegos de fuerza, etc.)»

No es dudoso que con la discusión que acabo de extractar, la Academia de Medicina de París ha contribuido á la realización del precepto contenido en aquella frase de Juvenal venida á ser el ideal de la Pedagogía moderna: *Mens sana in corpore sano*. Y los que hallen exagerada la protesta que por todas partes se eleva contra la fabricación al uso de bachilleres, doctores, ingenieros, etc., deben no olvidar que, si las enfermedades que los académicos franceses achacan al sistema no siempre se presentan, la espontaneidad y el buen humor de los niños y los adolescentes desaparecen por su causa con frecuencia, y como dice Riant, citando una frase de Plinio, «no basta no estar enfermo; es preciso que el niño muestre ese vigor, esa alegría, esa decisión que sólo da la plenitud de la salud».

## ENCICLOPEDIA.

## EL AGNOSTICISMO CONTEMPORÁNEO

EN SUS RELACIONES CON LA CIENCIA Y CON LA RELIGION,

por M. G. Tiberghien (1).

(Conclusion)

Voy á otro punto de la crítica del conocimiento humano, á fin de señalar la palpable contradicción que implica la tesis del agnosticismo.

Consignemos aún una vez más que lo *incognoscible* significa negacion de todo conocimiento por débil que sea. Una cosa es incognoscible cuando no puede la razon alcanzarla en modo alguno, ni hoy ni mañana. Incognoscible es más que desconocido. Los conocimientos humanos se aumentan de día en día. Lo que ignoraban los antiguos, nosotros lo sabemos; lo que nosotros ignoramos, nuestros descendientes lo sabrán. Una incógnita es un límite al conocimiento actual; pero un incognoscible es límite puesto al conocimiento humano en todos los tiempos.

Y precisamente los límites de los espíritus no son inmóviles como los de los cuerpos en el espacio, sino que son inestables y se ensanchan á medida que la inteligencia extiende el círculo de su actividad. Hay espíritus amplios y espíritus estrechos ó limitados. Los límites de un espíritu enciclopédico no son ciertamente los que corresponden á un espíritu inculto. Un incognoscible es, pues, un objeto que pasa los últimos límites posibles del pensamiento elevado al último grado posible de la cultura humana, límite asignado á la perfectibilidad del espíritu humano.

¿Pero hay objetos de este género? Temerario sería contestar negativamente sin contradecir la Metafísica, aunque la negativa pudiera justificarse ante la imposibilidad de fijar un límite á la ciencia y á la perfectibilidad del pensamiento. Supongamos, pues, que existan cosas que sean ininteligibles; ¿cuál sería la posición del hombre enfrente de semejantes cosas? Claro es que nadie habría supuesto nunca su existencia, y que, por tanto, equivaldría para nosotros á que no existieran. Ciertamente que ninguno habría hablado de tales cosas, ni aun pensado en darles un nombre, porque para nombrarlas sería preciso por lo ménos distinguirlas, es decir, conocerlas en algun grado, y desde este momento dejarían de ser incognoscibles. Para afirmar que un objeto es incognoscible, se hace preciso antes conocerlo, pues si no, ni se le podrá designar, ni distinguirlo de un objeto conocido, y por consi-

guiente, el hecho solo de aplicar á ciertas cosas la calificación de incognoscibles, encierra contradicción en los términos. No se conoce lo incognoscible, y si no se lo conoce, mal se podrá clasificarlo.

Insisto sobre este punto, por razon de su gran importancia en las controversias lógicas. Los pensadores más circunspectos se deciden frecuentemente ante objeciones formadas á la ligera por personas extrañas á los estudios. Y esto, sobre todo, sucede en materia de Filosofía, en que cada cual se cree competente. «Se habla de Dios—dicen:—¿Qué se sabe de Él? Nadie ha visto á Dios, nadie lo conoce.» Sí, hablo de Dios y todos los pueblos hablan de Él, y por el solo hecho de nombrarlo se prueba que se lo conoce. Continuemos: ¿Qué es una lengua? Un conjunto de signos para la expresion del pensamiento y de toda la vida espiritual. Las diferentes especies de palabras de que se compone una lengua, corresponden á las diversas operaciones del entendimiento. Hay correlacion entre la organizacion del pensamiento y la organizacion del lenguaje y la evolucion del uno sigue en todos sus puntos la evolucion del otro. Tan pronto como un descubrimiento se realiza, créase una palabra para designarlo. Todos los objetos que se conocen tienen, pues, un nombre; pero las cosas que no conocemos, los descubrimientos reservados á nuestros descendientes, aún no son designados. Esto es lo que me autoriza á decir que las lenguas son un testimonio público de la inteligibilidad de las cosas. Cuanto ha recibido un nombre en una lengua cualquiera es por esto mismo objeto del pensamiento, y se hace objeto de conocimiento para todos aquellos que hablan tal lengua y comprenden tal nombre. Este es el principio que puede deducirse de la nocion del conocimiento y de la relacion entre la palabra y el pensamiento (1).

Ahora bien; los términos: *Dios, infinito, absoluto, espíritu, materia, espacio, tiempo, movimiento*, se encuentran en todas las lenguas de los pueblos civilizados antiguos y modernos; luego las cosas que estos términos expresan, no son incognoscibles, sino, por el contrario, cognoscibles y hasta conocidas de todos los espíritus cultos iniciados en cualquiera de dichas lenguas. Si se me objeta que no siempre es exacto este conocimiento, convendré en ello sin dificultad; pero añadiendo que no debe alterarse el estado de la cuestion: la discusion no gira sobre la legitimidad de nuestros conocimientos, sino sobre el conocimiento mismo.

La conclusion es tanto más rigurosa cuanto más fácil es demostrar la contradicción de los que rechazan la inteligibilidad de los objetos

(1) Véase el número anterior del BOLETIN.

(1) *Lógica, la ciencia del conocimiento*, lib. 1, cap. 11. Objeto del conocimiento.—Bruselas, 1865.

supra-sensibles. Spencer habla de Dios en sus diferentes obras. ¿Pero niega su existencia? Ciertamente que no. ¿Sabe que Dios existe? Lo sabe. ¿Tiene conciencia de su pensamiento, cuando afirma que Dios no es objeto del pensamiento? Tiene conciencia y sabe perfectamente de qué habla, y no confunde jamás á Dios con otra cosa, con el espacio ni con la materia. Luego piensa en Dios y lo conoce. Pero que este conocimiento sea superficial no es de extrañar. Spencer no procura dilucidarlo, y jamás se ha propuesto el método necesario para llegar á este fin. No duda que para la ciencia existe un principio más elevado y más cierto que el de la evolucion: conocer el Sér, y que el Sér es Dios.

Igual contradicción respecto de lo infinito. Los argumentos que se emplean para demostrar que no conocemos de ninguna manera ese atributo divino, prueban precisamente lo contrario. Porque cuando se opone lo finito á lo infinito, y lo relativo á lo absoluto, se declara que, no sólo se distingue claramente los cuatro objetos, sino que además se conoce su verdadera relacion, dejando siempre entender que lo finito está en lo infinito y no cabe separarlo de él; es decir, que lo infinito es todo, y que lo absoluto se basta á sí mismo. Todo esto es exacto, pero es la contraprueba del agnosticismo. Es la consecuencia necesaria de toda discusión acerca de los objetos que se dicen incognoscibles; cuanto más se discuten, más se demuestra que se los conoce. Un escéptico convencido guarda silencio temiendo hacer alguna afirmación. Un agnóstico seguro de sí mismo, debe prohibirse la explicación de por qué ciertas cosas son inexplicables.

En cuanto á lo absoluto, Spencer va aún más lejos. Después de haber sostenido que nadie puede conocer su naturaleza, declara formalmente que es preciso admitir su existencia. Dice que indudablemente hay algo de ilógico en afirmar la existencia positiva de lo que sólo es reconocible á título de negación. Pero lo absoluto no es la nada; es positivo y puede concebirse como tal. También es indudable que lo absoluto no es objeto de una conciencia definida, pero es objeto de una «conciencia indefinida» que carece de forma lógica. «Cuando negamos que se dé en nosotros el poder de conocer la esencia de lo absoluto, tácitamente admitimos su existencia, y sólo este hecho prueba que lo absoluto se ha presentado al espíritu, no como siendo nada, sino como siendo algo». Si lo absoluto fuera la pura negación de lo relativo, la relacion entre lo relativo y él sería ininteligible, y el mismo relativo dejaría de comprenderse, por falta de antítesis, lo cual equivaldría al aniquilamiento de todo pensamiento. Luego lo absoluto es un «objeto de concepción positiva, pero indefinida, informe y rudimentaria.» Esta concepción es natural en el espíritu y no sobrenatural. «El im-

pulso del pensamiento nos lleva inevitablemente por sobre la existencia condicionada hasta la existencia incondicional.» «Es imposible deshacernos de la conciencia de una realidad oculta detrás de las apariencias.» Profesión de fe es esta que no agrada seguramente á todos los admiradores del agnosticismo. Pero ¿qué inconsecuencia! Lo absoluto es positivo, lo absoluto existe, lo absoluto se presenta en la conciencia, lo absoluto es objeto de concepción, y sin embargo, lo absoluto es completamente inconcebible. Spencer critica á sus antecesores porque, después de haber declarado que lo absoluto es la negación de las condiciones del pensamiento, afirman su existencia; pero Hamilton y Mansel se hallan al ménos de acuerdo consigo mismos, en el sentido de que la creencia en lo absoluto no es para ellos sino el efecto de una acción sobrenatural.

La teoría de lo incognoscible es, pues, una tesis esencialmente contradictoria. Muchos sabios, sin embargo, se hallan dispuestos á aprobarla. La citan con elogio como ejemplo de circunspección y como lección dada á los metafísicos y á los teólogos que se lisonjean de conocer á Dios. Creo, en interés de la verdad, deber atenuar ese mérito y rechazar ese ataque. Un agnóstico no es precisamente un espíritu que confiesa su ignorancia y pide que se le ilumine, sino un hombre que desespera de la razón y sostiene que nadie conocerá jamás lo que él mismo desconoce. No es su fórmula *Nescio*, sino *Semper ignorabimus*. Puedo alabar á Montaigne cuando dice: *¿qué sé yo?*; pero debo reprobar á aquellos que fijan un límite infranqueable al pensamiento humano; porque no realizan de este modo un acto de modestia, sino un acto de temeridad. Nadie tiene derecho para medir el pensamiento de todos por su propio pensamiento. Los amigos sinceros de la verdad se muestran más reservados desde la crítica de Kant. El dogmatismo que se les reprocha no es con frecuencia sino un prejuicio acreditado por aquellos que no los leen. También puede decirse que hay mayor acuerdo del que parece entre las doctrinas cuando se mira elevadamente la evolucion de la Filosofía. Se explican las divergencias por la complejidad de las cuestiones filosóficas; pero los más opuestos sistemas son más bien complementarios que contradictorios. En general, las doctrinas exclusivas son exactas en lo que afirman, y falsas solamente en lo que niegan. Cada una tiene, por consiguiente, su parte de verdad, y únicamente consiste su error en tomar la parte por el todo. Por esto Víctor Cousin ha podido formar un sistema ecléctico, reuniendo las afirmaciones fundamentales del espiritualismo y del materialismo, del misticismo y del escepticismo. Sólo ha faltado á Cousin un principio superior para formular la síntesis de las nociones primeras de la ciencia. Este principio superior es hoy conocido; es el Sér, y el Sér, con-

siderado á la vez en sí mismo y en su contenido, es el organismo. Desde este punto de vista, es fácil reconocer que la historia de la Filosofía, en su conjunto, es una tendencia regular y continua hacia la concepcion orgánica del Sér.

El agnosticismo mismo desempeña un papel, aún sin saberlo, en esta marcha metódica del pensamiento hacia el Sér. Es la continuacion de la crítica y enseña que, á pesar de la crítica, es preciso reconocer lo absoluto. Spencer está de acuerdo en este punto con un miembro de nuestra Academia, M. Loomans, que ha encontrado lo absoluto en el análisis profundo del espíritu humano (1).

Ha llegado el momento de preguntarse si no hay nada de verdad en el agnosticismo. Sí, algo hay de verdadero, ya que el pensamiento tiene sus leyes y sus límites. Spencer se equivoca únicamente en la aplicacion de lo incognoscible. La ley del pensamiento es el Sér, y su límite el no sér. Conocemos tanto mejor las cosas, ó por lo ménos, podemos conocerlas tanto mejor cuanto más realidad tienen, y las conocemos tanto ménos, cuanto ménos realidad tienen. Conocemos mejor el todo que las partes, lo universal que lo particular, los principios que los hechos ó los fenómenos, si no resistimos al impulso natural del pensamiento. Sólo conocemos los hechos que están á nuestro alcance en los límites de nuestros sentidos, mientras que los principios, recogidos por la razon, dominan el conjunto de las cosas en todos los tiempos y todos los lugares. Lo cual se demuestra con el ejemplo de las Matemáticas. Tal es el gran principio puesto en evidencia por el divino Platon. La verdadera base del agnosticismo se halla expuesta en la *República*. El Sér perfecto, dice Platon, es perfectamente cognoscible; el no sér completo es enteramente incognoscible (2).

Solo la *nada absoluta* es, por consiguiente, verdaderamente ininteligible; porque, en efecto, ¿cómo podría designársela? Es una cosa que no es una cosa, que no es nada, que no tiene existencia alguna, ni aún en el pensamiento, pues que el pensamiento tiene por objeto el Sér, y que no puede nombrarse sino por un conjunto de palabras contradictorias. La nada existe, es la negacion ó falta de realidad inherente á los séres finitos; lo absoluto existe, es la cualidad del Sér que se basta á sí mismo; pero la nada absoluta no puede concebirse por ningún sér, ni aún por Dios; porque si fuese concebida, sería algo; sería objeto del pensamiento. ¿Cuál es, pues, el límite de la inteligencia? La nada absoluta. Tanto vale

decir que el pensamiento carece de límites ó que su límite no está en sus objetos, sino en la insuficiencia de su determinacion.

Nos hemos apartado mucho de la teoría de Spencer. Segun este autor, lo que no conocemos de ninguna manera es precisamente lo que tiene más sér y lo que más interesa á la razon. En este sentido nuestro espíritu se hallaria constituido en contradiccion con la realidad, y nuestro pensamiento en contradiccion con su propia ley. De ser esto cierto, no conoceríamos nada. Que semejante grito de desesperacion lo lanzaran los antiguos, que no veian la perfeccion sino en lo finito, que sólo tenian una nocion confusa de la materia y del mundo, no sería de extrañar. Aristóteles fué el primero que dijo que lo infinito como tal nos es desconocido.

Pero despues del cristianismo; despues de Descartes, Copérnico, Newton y Laplace, cuando lo infinito ha invadido ya todos los dominios del pensamiento y agrandado incessantemente el espectáculo del Universo, ese pesimismo contemporáneo carece de oportunidad. La humanidad no ha equivocado el camino uniéndose á Dios al salir de la antigüedad. Y hoy todavía, en el momento en que la cuestion religiosa preocupa los espíritus más distinguidos de Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra, España, Italia, los Estados-Unidos y hasta la India, ya no es tiempo ni está bien que vengan á decirnos: Dejad de atormentaros con estos graves problemas, Dios no es un objeto del pensamiento (1).

En suma, el agnosticismo deja á la ciencia sin principio y destruye por consiguiente su unidad y organizacion. Un conjunto de nociones que no se relaciona con ningún principio conocido no constituye sistema científico. Veamos ahora lo que dice de la *religion*. Spencer estima que le concede una bella y buena parte en el orden moral; pero se equivoca. La religion y la ciencia, segun él, tocan á lo desconocido por sus últimas ideas, pero la una se detiene y confina en él, mientras que la otra busca lo conocido. Son los dos polos del pensamiento: la ciencia, el positivo; la religion, el negativo. Es decir, que se dividen la realidad como hermanas: para la una lo cognoscible, para la otra lo incognoscible. De esta suerte vivirán siempre en perfecto acuerdo, y su hostilidad secular proviene únicamente de que cada una de ellas ha querido salir de su esfera y penetrar en el terreno de la otra. El campo se halla ahora bien deslindado, y en cuanto ambas potencias tengan conciencia de sus funciones respectivas, ya no podrán encontrarse, sino que deberán reconciliarse. La religion es un misterio y ha de

(1) CH. LOOMANS.—*Del conocimiento de sí mismo, Ensayos de Psicología analítica*.—Bruselas, 1880.

(2) τὸ μὲν παντελῶς ὄν παντελῶς, γνωστὸν, μὴ ὄν δὲ μηδαμῆ πάντῃ ἀγνωστὸν.—*La República*, V., 477, Turicci, 1839.

(1) Goblet d'Alviella.—*La evolucion religiosa contemporánea entre los ingleses, los americanos y los indos*.—Bruselas, 1884.

confesar que es un misterio absoluto: que no intente, pues, explicar ni justificar sus dogmas; que renuncie á la pretension de ser una teoría del Universo. Su única base es la existencia de un poder omnipresente é incomprensible. Si se añade una palabra á esta definición, si se sostiene que semejante poder es personal, infinito, perfecto, sabio, bueno, justo, la crítica recobra sus derechos encerrando á la religion en sus límites: Dios es un desconocido. Si, por el contrario, la religion se encierra en el misterio, su posición se hace inexpugnable y no tendrá que temer nada de la ciencia, pues que la ciencia misma reconoce que el misterio es el fondo del pensamiento.

Tal es la teoría religiosa del jefe del agnosticismo. Yo os invito á considerar si es esta una noción de la religion; si es posición que pueda ofrecérsele y que ella pueda aceptar; si es una solución del problema de sus relaciones con la ciencia. Toda relación orgánica supone la unión y la distinción de las partes. En esa teoría tenemos el régimen de la separación absoluta, la oposición radical de lo cognoscible y lo incognoscible. Gladstone comparaba este acuerdo con la idea de un propietario que hiciera de su casa dos partes: el interior y el exterior. La ciencia dice á la religion: «Me quedo con el interior; tome V. lo exterior.» Y notad bien que tal equitativa distribución descansa sobre una base psicológica. El pensamiento tiene dos polos: uno positivo, que piensa y que conoce, y otro negativo, que no piensa ni conoce nada. ¿Cuál, es pues, la raíz de la religion en el espíritu humano? La fe ciega, la credulidad. La fe ciega, el pensamiento que no piensa, es, en efecto, la única facultad que puede aplicarse á lo desconocido. Ahora bien, la fe ciega entraña de hecho y en principio la obediencia pasiva. ¿Cuál será, pues, la posición de los fieles respecto de los ministros de esta religion de la ignorancia y del misterio? Los fieles se inclinarán, creerán cuanto se les diga que crean, y harán cuanto se les diga que hagan. ¿Con qué derecho se opondrían á los que se presentaran delante de ellos como órganos de un poder omnipresente é incomprensible? Saben que no pueden elevar su pensamiento hasta Dios; ¿Qué podrían contestar, por consiguiente, sin abandonar antes la iglesia y renegar de su fe? Una comunidad constituida de esta suerte podrá llamarse clericalismo, pero no es una religion.

Con la mejor voluntad del mundo, me es imposible considerar el agnosticismo como un momento en la evolución de la idea religiosa. Es un concepto de la religion que no tendrá ni más influencia ni más duración que la «religion de la humanidad» formulada por Augusto Comte. ¿Cómo puede figurarse un espíritu distinguido que el misterio absoluto sea la conclusión de ese sublime movimiento del pensamiento que ha producido los Vedas, el

Zend-Avesta, la Biblia, los Evangelios, el Corán; que ha arrastrado sucesivamente todos los pueblos por las vías de la civilización? ¿Qué, todo ello es vanidad? ¿El ideal no es más que una quimera? ¿Todo conduce de un salto á las tinieblas? Y la humanidad, que creía elevarse hasta Dios y que aspiraba á la luz ¿se hunde más y más, á medida que avanza, en un abismo sin fondo de que ya no saldrá nunca? Si tal es nuestro destino ¿valia la pena de nacer?

Sin embargo, la religion bien comprendida se adapta felizmente al orden moral del mundo; la razón nos enseña que hay una religion natural, por encima de los cultos positivos, como existe un derecho ideal superior á las legislaciones promulgadas, y una moral universal más elevada que las convenciones humanas. La religion natural es independiente de toda revelación histórica; es fruto de esa luz que ilumina los espíritus y que es idéntica á la verdad. «Es el alma de verdad» de que habla Spencer, señalándola como fondo común de todas las religiones que tienen su lugar en la historia. ¿Y cuál es ese fondo común, ó esa alma de verdad? La razón nos enseña que el hombre posee la intuición, que tiene conciencia y sentimiento de sí mismo, que se conoce, y que á este título es una personalidad. La razón nos enseña también que los seres tienen su causa en el Sér, que el Sér infinito y absoluto tiene á su vez la conciencia y el sentimiento de sí mismo, y que á este título es la personalidad infinita y absoluta. Unamos esas dos verdades de la personalidad humana y la personalidad divina, reconocidas en todas las religiones y sin las cuales no hay religion, y podremos definir ésta diciendo que es la unión íntima ó personal del hombre con Dios en la vida. Ser religioso es vivir en la intimidad de Dios, con la conciencia y el sentimiento de lo divino.

La religion es, pues, intimidad, unión íntima, ó en otros términos, la religion es amor. ¿No es así como Jesucristo la había comprendido? «Amad á Dios con todas las fuerzas de vuestra alma, y amad al prójimo como á vosotros mismos, esta es toda la ley.» Verdaderamente que nada más exacto, nada más bello, nada más profundo ha sido jamás enunciado sobre la tierra.

¿Y vendrán luego á decirnos que la religion es un misterio absoluto! Sí, el misterio del amor que une al niño con la madre y la criatura con el Creador; que forma la familia y la sociedad; que es la fuerza más beneficiosa y más invencible que existe en el mundo.

¿Y vendrán á sostener que la religion sólo tiene una razón de ser, la ceguera del pensamiento, el oscurantismo? No, la religion es el conocimiento del Sér perfecto, el sentimiento de lo ideal, la buena voluntad de realizar todo lo que es divino, es decir, el bien, lo bello, lo verdadero, lo justo. La religion pura no se se-

para de la ciencia. La teoría religiosa es una aplicación de la Metafísica, como la Moral, como el Derecho, como las Matemáticas. La religión es, pues, esencialmente un instrumento de cultura y de perfeccionamiento. Ahora bien, la ignorancia no ha sido jamás un medio de elevación para el espíritu ni de expansión para el corazón. La Historia demuestra que con la enseñanza y la Filosofía ha vencido el cristianismo á las religiones de la antigüedad.

Tales son los títulos que ofrece la religión al respeto de los pensadores. Pero no confundamos la religión con las iglesias. Sucede con ellas lo que con todas las instituciones humanas; cuentan su día de gloria y su día de decadencia, y cuando llegan á esta última, prefieren la fe á la inteligencia, cayendo en la superstición y en todos los abusos del clericalismo. Preciso es entonces recordarles la conciencia de su misión, sin que por esto se acuse á Dios, ni se imputen á la religión las faltas de sus ministros. No intentemos borrar el sentimiento religioso del corazón de nuestros semejantes, porque lo necesitaremos para resolver lo cuestión social. No deben abolirse las instituciones del pasado, sino reformatarlas y completarlas con vista del ideal. La religión es imperecedera como fundada en la naturaleza del hombre y de Dios. Una religión sólo cede ante otra más elevada, y esta religión superior no puede ser el agnosticismo que no tiene ninguna virtud educadora, ni para el espíritu, ni para el corazón, ni para la voluntad; sino que es el misterio, la desesperación, una noche impenetrable que envuelve la razón, que ahoga el sentimiento, que paraliza todo entusiasmo. ¿Para qué vivir en las tinieblas? ¿Con qué objeto?

No se ha equivocado Spencer respecto de la acogida que merecerían sus opiniones religiosas. Esperaba las protestas: se consuela con ellas y las acepta con tolerancia, haciendo notar que toda innovación religiosa tropieza con la hostilidad de los creyentes. La respuesta es buena y digna de estimación; pero sería mayor su triunfo si el agnosticismo fuese un movimiento de avance en vez de un retroceso.

He creído cumplir con estas consideraciones mi deber de llamar seriamente la atención del público acerca de una doctrina excesivamente elogiada, y que, en mi sentir, hiere la conciencia, mutila la razón y arroja á lo desconocido los principios de la ciencia y de la religión.

*Nota.*—Al terminar este estudio he tenido la suerte de encontrar una apreciación del agnosticismo que se halla completamente de acuerdo con la mía. Es de M. L. Carran, profesor de Filosofía en la Facultad de Letras de Besançon, el cual conserva las sanas tradiciones del espiritualismo francés.

«El nombre de H. Spencer, heredero por

filiación directa de los teólogos que combaten la «soberbia razón», al modo de Pascal, induce á reflexionar. Sin duda que es agradable para un ortodoxo considerar esta odiosa razón «invenciblemente destrozada por sus propias armas»; pero, en definitiva, el pensamiento religioso es el que sale más herido de la lucha. Juego peligroso es humillar demasiado la razón vedándole toda competencia en las cosas divinas, porque á la larga pudiera tomar su revancha, y, rechazando la fe formada que se le ofrece, asegurar que, puesto que nada puede saber de las cosas divinas, sin duda no existen. Un *fideísmo* intolerante lleva, ó al positivismo ménos inteligente, ó al aticismo más categórico. ¿Es esto lo que se quiere? El genio firme de Berkeley, teólogo, sin embargo, no se engañó, y en el *Alciphron* ataca con el mejor buen sentido á los King, los Syngé, los Brounné, en quienes ve, no sin motivo, preciosos auxiliares de los ateos.»—(*Revista de ambos mundos*, 1.º de Febrero de 1887. «El deísmo inglés en el siglo XVIII, y Lord Bellingbroke», por L. Carran).

## GEOLOGÍA COMPARADA DE LA LUNA Y LA TIERRA,

por M. Faye.

(Conclusion) (1).

XII. Resulta de las medidas más precisas obtenidas en gran número de circos lunares que la depresión de su fondo es dos, tres ó cuatro veces mayor que la altura de su recinto. Para comprobarlo basta tomar una de esas admirables fotografías publicadas por M. Lewis Rutherford, y considerar en cada circo la sombra proyectada sobre el fondo por la cresta del recinto, y luego, en el lado opuesto, la proyectada sobre el suelo ambiente. La primera es mucho mayor. En los circos pequeños el fenómeno es más pronunciado.

No puede dudarse ante una estructura tan marcada que las causas que la han determinado no tienen nada de común con las que producen nuestros volcanes.

Aun los que afirman con más seguridad el vulcanismo de los circos lunares, tienen confusa idea de estas diferencias; pero no resuelven el problema con una explicación científica.

Para hallarla, tómese como tipo de estudio el circo de Copérnico, por ejemplo; el fondo de los circos es plano, de donde se deduce que han debido solidificarse tranquilamente. Su enorme depresión nos conduce á otra consecuencia: como la suma de las áreas de los circos forma una fracción considerable de la su-

(1) Véase el número anterior.

perficie lunar, debe haberse enfriado la masa interna, más rápidamente que si hubiera estado protegida por una costra continua. De esto depende la depresión final de todos estos cráteres. El brocal que rodea estos pozos, se habría formado por derrames del líquido, lo cual hace preciso un movimiento oscilatorio mucho tiempo repetido en el sentido de la vertical.

La forma circular de estas formaciones, puede explicarse por la intervención de un líquido incandescente, que habría hecho desaparecer por fusión las irregularidades del orificio primitivo.

La Luna, en el estado de fusión ígnea, debía presentar mareas semejantes á las de nuestros océanos, pero mucho más intensas. La marea terrestre, contada sobre el nivel medio, es de 0,37 m.; la marea lunar debía ser de 40 m. ó más (1). El doble período del fenómeno era la duración de la rotación primitiva de la Luna, evaluada con relación á la Tierra. Mientras que nuestro satélite estuvo líquido, su masa podía tener la forma resultante de las fuerzas que obraban, esto es, la elipsoidal de tres ejes; pero cuando empezó á revestirse de una costra sólida, la onda de la marea encontró una resistencia en su movimiento en sentido inverso á la rotación. Esta resistencia produjo sobre la masa lunar el efecto de un freno. Quien haya asistido á la evaluación en caballos de la fuerza de una máquina, por medio de un freno Prony, y haya visto la enorme cantidad de agua que es preciso echar sobre el árbol cogido por el freno, para extinguir el calor que se desarrolla, comprenderá el que ha debido engendrar el frotamiento continuo de una onda interna contra una costra sólida. Esta acción retardatriz disminuyó la primitiva velocidad de rotación, reduciéndola en la serie de los tiempos á la extremada lentitud que hoy nos choca, es decir, una vuelta al mes. Alcanzado este límite, las cosas han permanecido en tal estado, fijándose la onda de la marea en dirección á la Tierra.

Volvamos á la época en que la Luna tardaba menos de un mes en girar sobre sí misma, y en que la onda de la marea interna, para seguir á la Tierra en sentido inverso á la rotación, tenía que empujar y frotar contra la costra, é imaginemos que se abriera un orificio en cualquier parte de esta costra. Marchando la onda de la marea hacia este orificio, el líquido subiría y alcanzaría el borde exterior de esta especie de pozos y se vería tranquilamente alrededor. En cuanto la cabeza de la onda pasara de este orificio, el líquido bajaría por un efecto inverso al de su

ascension. Estas alternativas se producirían dos veces al día, designando por día el ya citado período. El líquido así vertido por cima de los bordes del orificio, sometido sin protección al frío del espacio, se solidificaría inmediatamente, formando alrededor del pozo una especie de brocal. A cada marea, este brocal crecería por la superposición de nuevos derrames, yendo estos en disminución hasta que el mismo fondo móvil se solidificase; y esto á un nivel tanto más bajo cuanto más se hubiese contraído el núcleo líquido por el enfriamiento á que se hallaba directamente expuesto á través de dichos orificios (1).

Sin embargo, se presentan algunas objeciones que examinaremos. La primera es que la amplitud de la marea lunar no pasa de 80 m., mientras que el borde del circo de Copérnico se eleva á más de 800 m. sobre el suelo, y el de otros circos mucho más. La respuesta á esta objeción es la misma que se haría á la siguiente pregunta: ¿Por qué la amplitud de la marea terrestre, que no pasa en pleno Océano de 0,74 m., alcanza una altura diecinueve veces mayor en Grandville y cincuenta y cinco en la bahía de Fundy? Es porque la onda encuentra el obstáculo de las costas cuando entra en canales estrechos como el de la Mancha ó en la desembocadura de los grandes ríos; entonces la fuerza viva de las aguas no se destruye de repente como si se tratase de un sólido detenido por un obstáculo; la fuerza de la enorme masa que sigue á la primera ola detenida, se emplea en franquear el obstáculo, en elevar el nivel por un efecto semejante al del ariete hidráulico. El caso más favorable para estos efectos bien conocidos, es precisamente el de la Luna: allí la onda estaba obligada á moverse bajo una capa horizontal más ó menos rígida que no podía levantar y que reaccionaba por su elasticidad. Si esta capa hubiese estado agujereada como una espumadera, se vería subir el líquido por los agujeros á una altura muy superior á la que

(1) En una nota muy interesante sobre la geología de la Luna (*Crónica científica*, de Barcelona, 10 Julio 1880), D. José Landerer, habla de los circos lunares como sigue: «Unos, como Naşmyth y Carpenter, explican su formación por una erupción vertical de materiales ígneos, que, volviendo á caer regularmente alrededor del orificio, hubieron de formar estos recintos anulares; otros hacen intervenir cierta acción de los gases y vapores sobre la costra en camino de solidificarse. Estas hipótesis son insuficientes: la segunda porque supone la existencia de una vasta atmósfera de gases y vapores que no existe; la primera, porque entraña la suposición gratuita de que cada circo se hubiera producido por un solo paroxismo ó por una serie de paroxismos de intensidades exactamente iguales.»

El sabio geólogo español no conocía la hipótesis que voy desarrollando y que presenté por primera vez á la Academia de Ciencias en su sesión de 4 de Enero de 1858. (V. en los *Comptes rendus des séances de l'Académie des Sciences*, t. XLVI, págs. 17-24, mi nota «sobre la formación de los circos lunares.»)

(1) Según cálculo de Newton, repetido por Lagrange, si se considerasen lo débil de la densidad media y las dimensiones primitivas de la Luna, se hallarían probablemente más de 40 m.

alcanzaria la onda entera en plena libertad, y si se considera que en la Luna la gravedad es seis veces menor que en la Tierra, se comprenderá que estos fenómenos han debido desarrollarse allí mucho más ampliamente en sentido vertical.

Otra dificultad se funda en la forma denteada que algunas veces presentan los recintos, cuyas hiladas, regulares en la base, se encuentran con frecuencia bastante dislocadas en su cumbre. Esto se debe al único género de desgaste que existe en la Luna. Del día á la noche, las rocas que componen estas crestas sufren alternativas de temperatura que oscilan entre 100° y un calor quizá superior al del agua hirviendo. Consecuencia, cambios rápidos de dilatación que, produciéndose en rocas colocadas en falso, han debido arruinar la cresta del recinto de los circos, precipitando sus fragmentos en el fondo. Es posible que los estrellados que rodean á algunos circos no se hayan producido sin sacudidas que habrán contribuido á esta degradación seca.

Por último, el fenómeno que parece más inexplicable á primera vista, es la existencia de los pitones centrales que se observan en algunos circos (el de Copérnico, p. ej.). Con seguridad puede afirmarse que estos pitones no son conos de erupción; no tienen la forma redondeada de aquellos, ni trazas de cráteres ó aberturas en la cúspide. Para explicarlos hay que suponer que la parte central del circo permaneció blanda y frágil durante largo tiempo. Las acciones ya descritas han debido encontrar por allí, en un momento de recrudescencia, una última salida, haciendo brotar un poco de materia fundida ó pastosa por un orificio muy estrecho. Esto repetido varias veces haría tomar á esta masa una altura considerable. Es muy probable, en efecto, que el fenómeno oscilatorio haya presentado fases de recrudescencia, pues habia en lucha dos acciones: el enfriamiento, que tendia á acelerar la rotación, y la acción de la Tierra, que tendia á retardarla.

Estas recrudescencias son causa de las fases geológicas que, aunque poco marcadas, presenta la Luna. En efecto, los circos y pozos pequeños han sucedido á las formaciones más vastas, abriéndose en sus flancos ó en su interior. Se han producido vastos esparcimientos comprendiendo circos preexistentes, y formando llanos cuasi circulares, que se llaman mares, en medio de los cuales se han formado más tarde pequeños pozos.

No hemos tenido en cuenta sino una parte del fenómeno, el retraso de la rotación; pero los cambios de dirección que ha debido experimentar el eje de esta misma rotación, debieron producir efectos notables antes de que la Luna llegase á su estado actual.

XIII. Aunque la Tierra no tiene nada semejante á los pozos lunares, nos ofrece, sin

embargo, en ciertas regiones, *cráteres-pozos* con lava irregularmente oscilante, que tienen con los primeros una lejana analogía. Aludo á los volcanes de las islas Sandwich, tan bien estudiados por M. Dana.

El Mouna-Loa tiene 4.260 m. de altura, es un volcan en forma de domo aplastado, cuyo enorme cráter tiene media legua de diámetro (no hay que olvidar que este mismo cráter no tiene más que de 150 á 250 m. de profundidad). Entra en actividad frecuentemente, pero sus erupciones no ofrecen particularidad alguna. No es este el que aquí nos interesa; un poco más lejos, en el mismo macizo volcánico, se encuentra otro cráter mayor aún, el Kilauea, de fondo variable. Este fondo es un verdadero lago de lava endurecida con frecuencia en la superficie, pero incandescente otras veces. En ciertas épocas la lava sube tranquilamente hasta los bordes del cráter; luego baja y vuelve á su primitivo nivel, como si el cráter se vaciara por completo. Así lo hace en efecto, á través de una hendidura que en otros tiempos se abrió en la ladera de la montaña y que deja ver su antiguo fondo á una profundidad de 300 m. por bajo del borde (pero siempre muy por cima del nivel general del país). Aquí el efecto se produce por la ascension ordinaria de la lava, y el descenso por una especie de *sangría* lateral, determinada por la fisura que estaba tapada, pero que se ha vuelto á abrir súbitamente bajo el peso de la columna de lava.

Esta fisura nos ayuda á comprender algo de los estrellados lunares en torno de los grandes circos. Muy estrecha al principio, se ha extendido y ensanchado gradualmente, fluyendo la lava á un nivel cada vez más bajo, como en las erupciones del Etna; pero esta capa de lava salida de la grieta y cubriendo á derecha é izquierda una faja de terreno, no alcanza un espesor de más de 4 m. Si la materia derramada fuese blanca y pudiera ser vista desde alto, á vista de pájaro, tendríamos un ejemplo bastante aproximado á uno de los radios que componen los vastos estrellados lunares.

Pero si estos fenómenos presentan cierta analogía con los de la Luna, no olvidemos que el procedimiento mecánico por el cual baja la lava en el cráter de Kilauea, ó sea la *sangría* practicada de cierto en cierto tiempo por una grieta, no tiene nada de comun con el que produjo la oscilación vertical del líquido incandescente en los circos lunares.

XIV. Los rasgos generales de la geología de nuestro satélite, pueden resumirse así: ni aire ni agua, y por consiguiente, ninguna de las grandes funciones superficiales ó profundas que el agua desempeñó y aún desempeña en nuestro globo. Nada de cordilleras, mesetas, ni cuencas profundas. Este globo se hubiera enfriado tranquilamente y nos ofrecería una superficie

lisa, si no hubiera intervenido la atraccion de la Tierra para forzarle á girar de cierto modo, engendrando así una reaccion puramente mecánica de la masa interna sobre la corteza ya solidificada.

Por el contrario, la presencia del agua domina toda la geología terrestre, donde no figura en modo alguno la influencia de causas exteriores. Al escribir la frase que he tomado por lema (1), M. Daubrée no pensaba, sin duda, sino en los efectos del agua ya conocidos; como la formacion de terrenos sedimentarios, ó su erosion, en lo que concierne á las acciones superficiales, y la vulcanicidad y formacion del granito, en cuanto á las acciones profundas. A estos modos de obrar hay que añadir la marcha desigual del enfriamiento y el desigual espesor de la corteza terrestre, que es su resultado, bajo los mares y partes secas, desigualdad de que provienen diferencias de presion sobre el núcleo líquido, y por tanto, movimientos de báscula en la corteza. Hé aquí cómo pueden concertarse la Geología y la Geodesia, que se iluminan mutuamente, y cuya conformidad nos ayuda á comprender cómo la intervencion del agua ha podido modificar tan profundamente la costra sólida de la Tierra sin alterar sensiblemente la forma geométrica y el equilibrio interno del planeta.

Aunque la geología lunar sea completamente diferente de la nuestra, esta misma oposicion es un precioso elemento de discusion; servirá para desechar vanas hipótesis, y para hacer más claros los fenómenos de que ha sido teatro la Tierra. Así que no vacilo en renovar la imitacion de Lord Rosse á los geólogos. A ellos corresponde profundizar el estudio que he tratado de bosquejar; ya hay, ó habrá bien pronto en Francia, anteojos ó telescopios de tanta potencia como los del noble lord irlandés.

## TERMINOLOGÍA DEL FOLK-LORE (2).

### IV.

#### OBSERVACIONES DE

D. A. Machado y Alvarez.

(Conclusion.)

Pero si desde este punto de vista, el pueblo conserva almacenadas una serie de ideas antiguas, que unidas pudieran formar el material de estudio de una ciencia que pudiera llamarse *Paleo-ideología* ó *Paleontología psicológica*, el pue-

blo, como un conjunto de hombres dotados de razon, y aunque indiferenciados, vistos como masa, distintos, mirados con el microscopio de la ciencia, tiene un elemento progresivo, mediante el cual va recibiendo de la naturaleza multitud de conocimientos que sólo pueden adquirirse en el esfuerzo á que le invitan las mismas necesidades de la vida. Que cada género de vida suministra una serie de conocimientos determinados, es cosa tan obvia que basta pensar, por ejemplo, en una agrupacion de hombres que vivan de la caza ó de la pesca, v. g. para comprender las diferentes enseñanzas que su obligado aprendizaje les proporciona. Como los conocimientos humanos no parecen ser en definitiva más que la apropiacion, asimilacion é interpretacion de los fenómenos que nos rodean, claro está que á medios diferentes corresponden conocimientos, ideas y sentimientos distintos, que son realmente insustituibles unos por otros. De aquí nace la diversificacion de esa masa que se llama *pueblo*, dentro de cada nacion ó Estado, y aún el relativo mayor ó menor desarrollo que esta masa puede alcanzar y realmente tiene en cada país.

Dicho lo que entiendo por pueblo, y que su saber versa, como el de las ciencias, sobre todas las cosas, me atrevo á formular, sin pretensiones de exacta, una definicion del Folk-Lore. Este es, para mí, *la ciencia que tiene por objeto el estudio de la humanidad indiferenciada ó anónima, á partir desde una edad que puede considerarse infantil basta nuestros dias.*

Sin poder precisar el punto en que realmente puede decirse que comienza esta edad (1), la creemos posterior á la primitiva, porque supone ya la formacion de las dos grandes agrupaciones aludidas: una, al parecer, indiferenciada, y otra llena de diferenciaciones interiores apreciables. Mas si el estudio del Folk-Lore parte de esta edad, cuyos vestigios subsisten, no sólo en el pueblo, sino en todas las clases,—no de otro modo que en el anciano y en el hombre adulto subsisten durante toda su vida vestigios de la niñez,—el estudio del Folk-Lore debe comprender el del pueblo durante toda su vida, tanto en el funcionalismo actual de sus facultades mentales y en sus prácticas y costumbres de hoy, como en los testimonios que conserva, por los usos y la tradicion oral, de un funcionalismo anterior y de su vida pasada.

La edad propiamente primitiva cae, á nuestro juicio, en la esfera de la Etnología, de la Prehistoria y de la Antropología. El hacha, el punzon ó la flecha del hombre primitivo y su constitucion física, que podemos estudiar por

(1) «Añadamos que sin él (el oxígeno) no se concibe el Océano ni ninguna de las grandes funciones superficiales y profundas cuya causa es el agua.»

(2) Véase el número anterior del BOLETIN.

(1) Esta edad, ó mejor dicho, momento, de difícilísima determinacion en la historia, hállase, sin embargo, claramente indicada en la obra del eminente Tylor, *Anthropology*.

sus esqueletos y sus cráneos, no forman el asunto del Folk-Lore, ni lo forman tampoco las obras y las concepciones del niño.

El estudio de la psicología infantil, en efecto, y la psicología de las razas salvajes, no sólo pueden servir de medio de analogía y contrapueba para el estudio de la Demo-psicología; tienen por sí la suficiente importancia para constituir ciencias independientes del Folk-Lore. El niño, como el salvaje actual, hallan, no ya sólo en la humanidad que los rodea ó que comunica con ellos, sino en la misma tierra que los sustenta, un cultivo, una civilización que influye desde el primer momento sobre ellos: que la misma tierra por la influencia del hombre, también como que se educa y civiliza, lo cual no quiere decir que, en tanto que archivos de la tradición, los niños y los salvajes mismos, en sus diversos grados de desarrollo, no contengan, como nuestras clases aristocráticas, elementos arcaicos y tradicionales. En las clases cerradas á toda comunicación con el exterior, hay, por su constitución misma, multitud de elementos folklóricos, esto es, de ritualidades y ceremonias que, por haber perdido su razón de ser y la causa que les dió vida; son ya verdaderas reliquias de estados de cultura, si superiores quizás á la cultura científica de otros tiempos más remotos, inferiores á la cultura media de los tiempos presentes.

El Folk-Lore, y en esto creo concordar plenamente con Mr. Sidney Hartland, comprende, á mi juicio, dos ramas principales: la *Demo-psicología*, ó sea la ciencia que estudia el espíritu del pueblo, y la *Demo-biografía*, que no es la suma de las biografías de los individuos que componen dicho agregado, sino la descripción del modo de vivir del pueblo como conjunto. Por el Folk-Lore no estudiamos cómo se casó Fulano con Mengana, ó cómo enterraron á Zutano, sino los usos nupciales ó funerarios de la gente del pueblo en determinado país.

Indicadas estas dos ramas principales del Folk-Lore, susceptibles á su vez de multitud de divisiones interiores, creo inútil decir que ambas se refieren una á otra, por aquello de que se piensa según se vive, y se vive según se piensa.

Aquí terminaría estas breves indicaciones, que me propongo ampliar cuando Mr. Gomme publique el trabajo que sobre el tema en que me ocupo tiene anunciado, si no quisiera llamar la atención de mis lectores en general, y especialmente de todos los folkloristas europeos, acerca de la conveniencia de que todos dejen oír su opinión en el tema propuesto por el ilustre Secretario de la Folk-Society en su nota *Folk-Lore terminology*. Para mí es evidente que si el Folk-Lore, palabra que, como internacional, ha sido el primero en respetar, ha de constituirse como una ciencia universal, preciso es que á su elaboración contribuyan

los hombres de todas las naciones, á fin de que los sentidos que esta ciencia pueda recibir en Italia, Francia, Rusia, Alemania ó Portugal, no sean desviaciones de ella, sino aspectos y fases de un mismo orden de estudios.

Para mí, el pueblo, como he dicho, encierra, á no dudarlo, un elemento que podría llamarse *estático ó pasivo*, y otro que debería llamarse *dinámico ó activo*. El primero se refiere á los vestigios que en él subsisten de ideas y civilizaciones anteriores; vestigios transmitidos de unas generaciones á otras, oralmente, ó por medio de los usos y costumbres; en una palabra, por *la tradición*. En este sentido, creo que el insigne Pittrè ha llamado con profunda razón á la Sociedad del Folk-Lore italiano *Società delle tradizioni popolari*. La importancia de sus trabajos folklóricos robustece por extremo su razonadísima opinión. Pero si el pueblo es el genuino representante de este elemento que hemos llamado *estático ó muerto*, en el pueblo existe otro elemento *dinámico ó vivo*, y no ménos estimable ni ménos digno de estudio y de consideración. Reconstruyan en buen hora los folkloristas ingleses, mediante el estudio de las supersticiones, ceremonias, ritos, usos, costumbres, cuentos y juegos infantiles, esa *proto-historia* de la humanidad, ese mundo ideal antiquísimo, ese gran mosaico de que son piezas aisladas cada una de esas producciones; pero estudien también los que enseñan que existe una *evolución ideal* semejante á la orgánica, el modo de enlazarse los eslabones de esa gran cadena psicológica y el camino seguido por el espíritu humano hasta llegar al grado de relativo desarrollo en que hoy se encuentran los sentimientos, conocimientos y emociones de los hombres de nuestros días. En la más insignificante de las coplas, en la más olvidada de las frases, y en el más trivial, al parecer, de los refranes, coexiste, al lado de una superstición, de una supervivencia, de una reliquia, de un mundo ideal desaparecido por completo, un elemento vivo, un testimonio actual del funcionalismo psicológico del hombre del pueblo. En los conocimientos de éste, al lado del error, de la preocupación y de la inducción precipitada, que ha supuesto ley la mera repetición de un fenómeno en un reducido número de casos, se encuentran la poderosa intuición, la observación delicada y el conocimiento de una propiedad real de un ser ó fenómeno de la naturaleza que acaso pasó inadvertido para el hombre científico.

En España, al menos, si mi opinión es tenida en cuenta, debe cultivarse con no menor empeño que el estudio de la *ignorancia popular* y las creaciones imaginarias que origina el predominio de la fantasía y el sentimiento sobre la razón, el *saber del pueblo* (*lore, lebre, enseñanza, doctrina, lección*), lo que aquel ha aprendido de su razón y de su experiencia para incorporarlo al caudal científico, no, por

desgracia, excesivo que poseemos, y para traer á reflexion todo el pensamiento de esta nacion acaso más ignorante que otras de Europa, pero no dotada de peores prendas intelectuales que otras naciones afortunadas y que gozan en el dia de mayor adelanto. El hombre del pueblo es, sin duda alguna, *el hombre de las supersticiones y de los errores*; pero es tambien *el hombre de la experiencia y de la razon natural*, bases de todo conocimiento científico y de todo adelanto en la gran obra de la civilizacion humana.

## INSTITUCION.

### JUNTA FACULTATIVA.

La Junta facultativa ha acordado:

1.º Reelegir, para desempeñar los cargos de la misma durante el curso de 1887-88, á los profesores que los ocuparon en el de 1886-87.

2.º Aprobar las cuentas del fondo á disposicion de la Junta, presentadas por el Secretario accidental Sr. Cossío.

3.º Mantener en el curso próximo la seccion preparatoria que necesidades del momento obligaron á crear en el pasado, con el fin de extender la accion de la *Institucion* á los alumnos de provincias que no pueden trasladar su residencia á Madrid en edad adecuada para ingresar en la seccion de párvulos.

4.º Dividir la actual seccion de párvulos en dos, que llevarán los nombres respectivos de I y «de párvulos.»

5.º Que se encarguen de las secciones que constituyen los *Estudios generales* las señoritas Aguilera y Mosteyrin y los Sres. Sama, Giner de los Rios (D. F.), Caso, Cossío, García, Florez, Rubio, Lozano, Ontañon y Sela; teniendo, además, el Sr. Cossío á su cargo la inspeccion especial de las secciones I y de párvulos, y los Sres. Ontañon y García la preparatoria.

6.º Que continúe dirigiendo especialmente la educacion de los alumnos de *Estudios superiores* el profesor Sr. Giner, con arreglo á los mismos principios que hasta aquí.

Y 7.º Que en todo lo que tiene carácter general continúen en vigor los prospectos anteriores de la *Institucion*, excusándose, por tanto, la publicacion de otro nuevo.

Madrid, 30 de Setiembre de 1887.

### NOTICIAS.

Representan á la *Institucion* en el Congreso literario-artístico internacional, que actualmente se celebra en esta corte, los profesores señores Azcárate y Giner de los Rios (D. Hermenegildo).

## CUENTA

DEL FONDO Á DISPOSICION DE LA JUNTA

FACULTATIVA.

CARGO.

	Pis. Cs.
Existencia en 1.º de Octubre de 1886 (1) . . . . .	301,86
Donativo del Sr. D. E. S. . . . .	10,00
Idem de D. Constantino Rodriguez . . . . .	500,00
Idem del profesor D. A. S. . . . .	15,00
Idem del id. D. Aureliano de Beruete . . . . .	200,00
Producto de libros cedidos por el profesor don Francisco Giner . . . . .	2,00
Sobrante de una excursion á Manzanares por Moralzarzal . . . . .	1,25
Idem de id. á Sigüenza en 3, 4 y 5 Enero 1887 . . . . .	12,75
Idem de id. á Colmenar Viejo por el Pardo en 12 y 13 Febrero 1887 . . . . .	2,00
Idem de id. á Cercedilla por Los Molinos en 20 Febrero 1887 . . . . .	0,15
<b>TOTAL . . . . .</b>	<b>1.045,01</b>

### DATA.

Satisfecho al jardinero D. Ildefonso Díaz en el mes de Octubre de 1886, por arreglo extraordinario del jardín . . . . .	75,00
Idem al mismo por sus gratificaciones mensuales de á 15 pesetas . . . . .	165,00
Entregado en Secretaría para pago de nóminas á los profesores . . . . .	200,00
Satisfecho al carpintero D. Juan Martin por las obras hechas en las clases y mobiliario . . . . .	200,00
Idem al Sr. D. L. Laurent por fotografías para la enseñanza del Arte . . . . .	250,00
Idem al vidriero D. Eduardo Camacho por cristales . . . . .	21,00
Idem á D. B. Mazas por marcos y cristales para los grabados de la Calcografía nacional . . . . .	58,75
Idem á D. Crisanto Pastor por empapelar . . . . .	14,00
Idem á D. Cayetano García por pegar láminas en cartones . . . . .	19,50
Idem á D. Martin Gonzalez por gastos menores . . . . .	21,40
Excursion de un alumno á la Sierra de Guadarrama en 29 Diciembre 1887 . . . . .	5,25
<b>TOTAL . . . . .</b>	<b>1.029,90</b>

### RESÚMEN.

Importa el cargo . . . . .	1.045,01
Idem la data . . . . .	1.029,90

Existencia en el dia de la fecha. 15,11

Madrid, 1.º de Octubre de 1887.

V.º B.º

El Rector,  
LABRA.

Por el Secretario de la Junta,  
M. B. Cossío.

(1) Véase la cuenta publicada en el núm. 292 del BOLETIN.

MADRID.— IMPRENTA DE FORTANET,  
calle de la Libertad, núm. 29.